

## DE LOS DIAS EN QUE RETROCEDIERON LAS AGUAS

-¿Qué pasó?!

-No sabemos, hace una semana que no se mueve. Desde que le mostré la ramita esa que traje, ¡maldita la hora en que se me ocurrió!

-¿Qué ramita?

-¡Qué ramita va a ser Pocha! La de olivo.

-Disculpame pero nadie me informó nada acerca de una ramita de olivo. ¡Acá pasan cosas a mis espaldas! Te recuerdo que somos una cooperativa y como presidenta de la comisión directiva electa, exijo que se me muestre el acta donde... ¿Y de dónde sacaste vos una ramita de olivo?

-¡Pocha, anoticiate de una vez! paró de llover, las aguas están retrocediendo, el verdor está cubriendo la tierra y la prueba es la ramita de olivo que traje. ¡Hasta el burro se enteró!

-¡No te lo voy a permitir!, ¡pero por favor, compararme a mí con un cuadrúpedo implume! ¡¿Cuántas veces acordamos que, en estas circunstancias, toda decisión debe comunicarse por Boletín Oficial?!

La cosa se había puesto espesa, y Blanquita Motas, si bien era la paloma más joven y la más veloz en su vuelo, esa misma mocedad apresurada la hacía poco tolerante a las cuestiones burocráticas. Pocha, fiel exponente de aquella generación que había encontrado en lo institucional algunas sanas respuestas a la arbitrariedad y el infortunio, no iba a tolerar avasallamientos, y menos que la incipiente novedad que se avecinaba, la encuentre en ese lugar olvidado donde la prelación corre por delante de los propios pasos. El cambio de clima provoca la aparición de lo mejor y lo peor de los seres vivos, sobre todo cuando, más que vivos, son sobrevivios.

-¡Es terrible! ¡Ya bajaron todos a tierra firme y a Noe lo tenemos acá varado en este arca podrida! ¿Qué vamos a hacer con él? ¡Mírenlo pobrecito, todavía con esos pelos mojados! ¡Se va a morir de una neumonía! -La posibilidad planteada por Consolación hizo escalofriar a las demás palomas, y en especial a Zulma, la melliza de Pocha.

-¡No, no y no!, ¡toc toc toc! ¡Noeee no te nos vas a ir justo ahora!, ¡toc, toc, toc!, ¡Nooee!

-Zulmita, tranquilizate... ¡y pará de darle con el pico en la nuca al pobre anciano!, ¡le vas a trepanar el cráneo y ahí sí que lo mandás al otro lado! -Pocha sabía cómo controlar la bipolaridad de su hermana.

-¡No sean pájaras de mal agüero, che! -Colomba trata de poner un poco de orden y tranquilidad en la bandada que, lejos de encontrar la paz innata a su especie, es poco ducha en el manejo de las crisis- Probablemente esté dormido. El pobre ya está grande y, cuando le dieron la noticia, seguro se relajó y se durmió. Hay que ver que hace cuarenta días y cuarenta noches que vela por todos nosotros.

-Basilía, vos que tenés voz linda, a ver si le cantás algo al oído, pero algo con onda, que lo saque de la modorra, dulcemente - propone Blanquita.

-¡Pues que así..., de momento..., no se me ocurre naa! A ver... que os parece ésta: Vientooooo, dile a la lluuuuiaaaa....

-¡Mi Dios! ¡No tenías otra menos alusiva!

- ¡Ala niña! ¡Que si no os gusta, pues cántale tú!

-¡Chicas por favor! -Colomba, otra vez tratando de encauzar al grupo y llegar a buen puerto- Basta de cuestiones personales. Algo hay que hacer y lo que deba hacerse nos tiene que encontrar unidas. Sino estamos fritas.

-¡Lo tengo! Si Mahoma no va a la montaña...

- Pocha, te equivocaste de profeta.

- Cerrá el pico Blanquita, y por única vez escuchá a la voz de la sabiduría. Digo que si él no puede por sus propios medios, entonces vamos a sacarlo del arca nosotras, todas juntas.

-¿Cómo Pochita, cómo vamos a sacarlo?! ¡Si nosotras somos, apenas, unas pobres palomitas!- Llorisquea Zulma, ahora sumida en la total depresión.

- ¡Volando! vos Consolación prendete de la pierna izquierda. Blanquita, de la derecha. Basilia, brazo izquierdo y Colomba, el derecho. Zulma, hombro izquierdo y vos..., sí vos, la buchoncita, no te escondas que te toca el derecho. Yo hago de timonel. Vamos a la cuenta de tres. Uan, tu, tri.

En un esfuerzo sobreavícola comienzan a aletear tan ligero y con tanta fuerza que consiguen elevarse. El grupo impensado de seres atraviesa los cielos en el preciso momento en que Noe abre los ojos por un instante y en un espasmo místico, exclama:

-¡Dios bendito! ¡¡El espíritu santo sobre mí se ha posado!!

-¡¿Quién se posó?!

-¡Nadie se posó todavía! ¡¡A no aflojar ahora!!

Las palomas están exhaustas y no consiguen hallar un espacio en tierra firme, libre de seres, donde anclar el vuelo. Con sus picos jadeando y las alas ardidadas por el roce incesante de las plumas con el aire salado, depositan a Noe, que ha caído otra vez en un pesado sopor, en la rama más alta de un árbol.

-¿Y ahora? ¡¿Qué haremos?! -La pregunta de Consolación avecina el paradójico ahogo en un vaso de agua. Pero lejos de ello, la respuesta y el alivio son unánimes.

- ¡¡Ahora le hacemos un nido!!

Toda la tarde pasa el grupo yendo y viniendo, buscando ramitas, hojarasca, astillitas del arca, incluso algún que otro tirante, hasta que logran armarle un respetable mono ambiente a Noe. El crepúsculo las sorprende agotadas, pero con la autoestima en alto, dignas en la satisfacción de saberse pertenecer a esa estirpe cuya fuerza de carácter radica en el trabajo compartido. Ahora sí, es el momento del merecido descanso. Tal vez pudieran encontrarse con su Noe, entre sueños.

-¿Chicas, por qué nos miran todos? -Algo no está del todo bien. Consuelo es la primera en darse cuenta. Tiene esa irritante capacidad de ser portadora de aflicciones.

Frente a ellas, los ojos de todas las especies de la Tierra son como agujones en el alma. El desasosiego, la orfandad y el desamparo pueblan la mirada del mundo posdiluviano, encallado en ese instante de pavor que media entre el destino que ya ha sido y el origen que aún no nace. Dicen que, quien pueda atravesarlo sin olvidar jamás lo que ha sentido, es realmente el más apto y debe tomar el mando.

Pocha entiende que el momento histórico es sorprendente, y que la encuentra en el lugar que siempre soñó. Pero está tan cansada que sólo atina a decir a la animalidad expectante:

-Buenooo... a dormir que mañana hay mucho que hacer.

Por alguna razón sus palabras son como un bálsamo comunitario, arrojando a cada ser del planeta que recuesta su osamenta en la tierra cálida. La noche clara es cuna del coro de ronquidos. Noe ronca también, mansamente, y sueña que camina sobre las aguas. Pocha constata que toda la fragilidad está anidada, sonrío ante la evidencia y recién allí, descansa.